

La inconcebible derrota del imperio eterno

Invasiones bárbaras, quiebra económica, cambio climático... Muchas han sido las causas para explicar la caída de Roma, pero ¿qué hay de los cuervos? Las mismas élites romanas que durante siglos habían amasado obscenas fortunas bajo el ala del águila, acabaron despedazando al Imperio occidental desde dentro con su avaricia, sus luchas por el poder y su desapego hacia el Estado. Un aciago recordatorio sobre la perniciosa desafección actual de las élites y de que sin el respaldo y la defensa activa de sus ciudadanos, ninguna estructura política es permanente, tampoco las nuestras.



El águila y los cuervos. La caída del Imperio romano
978-84-124830-3-1
514 páginas
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 26,95 €

La caída del Occidente romano es uno de los temas más abundantemente tratados por la historiografía, desde Gibbon hasta nuestros días, y sigue fascinándonos como fascina mirar a un abismo: ¿cómo un imperio tan poderoso, y en apariencia tan sólido, se debilitó hasta caer en apenas setenta años? La pléyade de respuestas subraya el desafío que supone tratar de comprender y explicar por qué Roma cayó, un desafío que asume José Soto Chica, uno de nuestros mayores expertos en la Antigüedad Tardía, para plantear, a su vez, otra pregunta: por qué el «imperio gemelo», la Roma de Oriente, Bizancio, sobrevivió y prosperó, mientras Occidente se hundía y disgregaba. Alrededor de este eje, *El águila y los cuervos* desarrolla un relato vibrante sobre el convulso tiempo que medió entre el reinado de Juliano el Apóstata y el día del año 476 en que Odoacro depuso al último emperador de Occidente, el niño Rómulo Augusto, para enviar las insignias imperiales a Constantinopla. Un relato que integra los distintos aspectos que tener en cuenta para entender el proceso que quebró al Imperio –políticos, militares, sociales, religiosos, económicos o culturales–, pero en el que la erudición no ahoga un ritmo frenético, con personajes trágicos de la talla de un Aecio –«el último de los romanos»– o una Gala Placidia, con emperadores funestos como Valentiniano III y otros como Mayoriano que trataron desesperadamente de salvar los restos del naufragio, con bárbaros como el godo Alarico o el vándalo Genserico, saqueadores de una ciudad cuyos muros no había hollado ningún enemigo en ochocientos años. Porque lo impensable pasó: Roma cayó, y los cuervos se enseñorearon sobre el águila.



José Soto Chica fue militar profesional. Es doctor en Historia Medieval por la Universidad de Granada, profesor contratado doctor e investigador del Centro de Estudios Bizantinos de Granada. Es autor de más de cincuenta artículos y capítulos de libro en obras especializadas y ha publicado seis libros de historia, entre los que destacan *Imperios y bárbaros. La guerra en la Edad Oscura* y *Los visigodos. Hijos de un dios furioso*. También es autor de novela histórica y recibió el Premio Edhasa 2021 por *El dios que habita la espada*.

En librerías el miércoles 5 de octubre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SE HA DICHO DE LA OBRA DE JOSÉ SOTO CHICA

Los visigodos. Hijos de un dios furioso

«Un libro vibrante, plagado de detalles y eruditas reflexiones, que evidencia una historia mucho más enrevesada, llena de matices, sobre la forja de ese Reino de Toledo y su punto álgido de esplendor entre los siglos VI y VII».

David Barreira, *El Español*

«Un relato apasionante, sorprendente, de un pueblo fundador de algo distinto, aunque ya no se estudie en los colegios, pero que José Soto Chica recupera de las brumas de la historia y que deja al lector directamente adherido a las páginas de este gran ensayo».

Vicente G. Olaya, *Babelia*

«La historia de los godos es la de un pueblo mestizo, inmigrante, muy moderno, pero además es una aventura apasionante. Llena de dramas y de cimas culturales. ¿Quién sabe que aquí se escribió una enciclopedia, mil años antes que los enciclopedistas franceses, en veinte libros que abarcaba todos los saberes conocidos?».

César Cervera, *ABC*

«Una Hispania visigoda luminosa e influyente. Un faro para la Europa de la época, comparable con Constantinopla y con reyes poetas y cultos, los verdaderos defensores del legado de Roma en Occidente.»

David Yagüe, *20 Minutos*

Imperios y bárbaros. La guerra en la Edad Oscura

«Hoy Europa podría ser islámica. Sin embargo, que la religión basada en el Corán no terminara extendiéndose hacia el centro del continente se debe a la aparición del fuego líquido. Gracias a él, la marina bizantina fue la dueña del Mediterráneo durante siglos y evitó caer en manos del califato».

Sara Navas, *Icon El País*

«Estos pueblos eran casi marginales. Vivían lejos de las riquezas que atesoraban los grandes imperios. Eran desheredados. Durante mucho tiempo fueron pueblos que vivían del intercambio fronterizo, pero cuando decidieron pasar al otro lado se produjeron conflictos.

El fin del Imperio romano se produjo por la sublevación de los marginados. Cuando esas tribus, esas confederaciones, en un momento determinado decidieron que se podía sacar mucho más de la guerra que del comercio.»

César Cervera, *ABC*

«[...] un volumen exhaustivo, pero de lectura amena, cuajado de detalles y anécdotas enriquecedoras».

Javier Ors, *La Razón*

«Es una época de crisis, de confrontación, de cambio, de ruptura, de transformación, y por tanto es una fascinante época llena de dinamismo. Pero además, y sobre todo, porque estos siglos y todo lo que ocurre en ellos explican nuestra época actual [...] el nuevo espacio de civilización nace ya fracturado en tres puntos o ejes de influencia; el Islam, Occidente y el mundo ortodoxo, que hoy sería Rusia. Esa estructura se conforma en estos siglos, y en buena medida continúa hasta nuestro mundo actual».

María José Solano, *Zenda*

SUMARIO

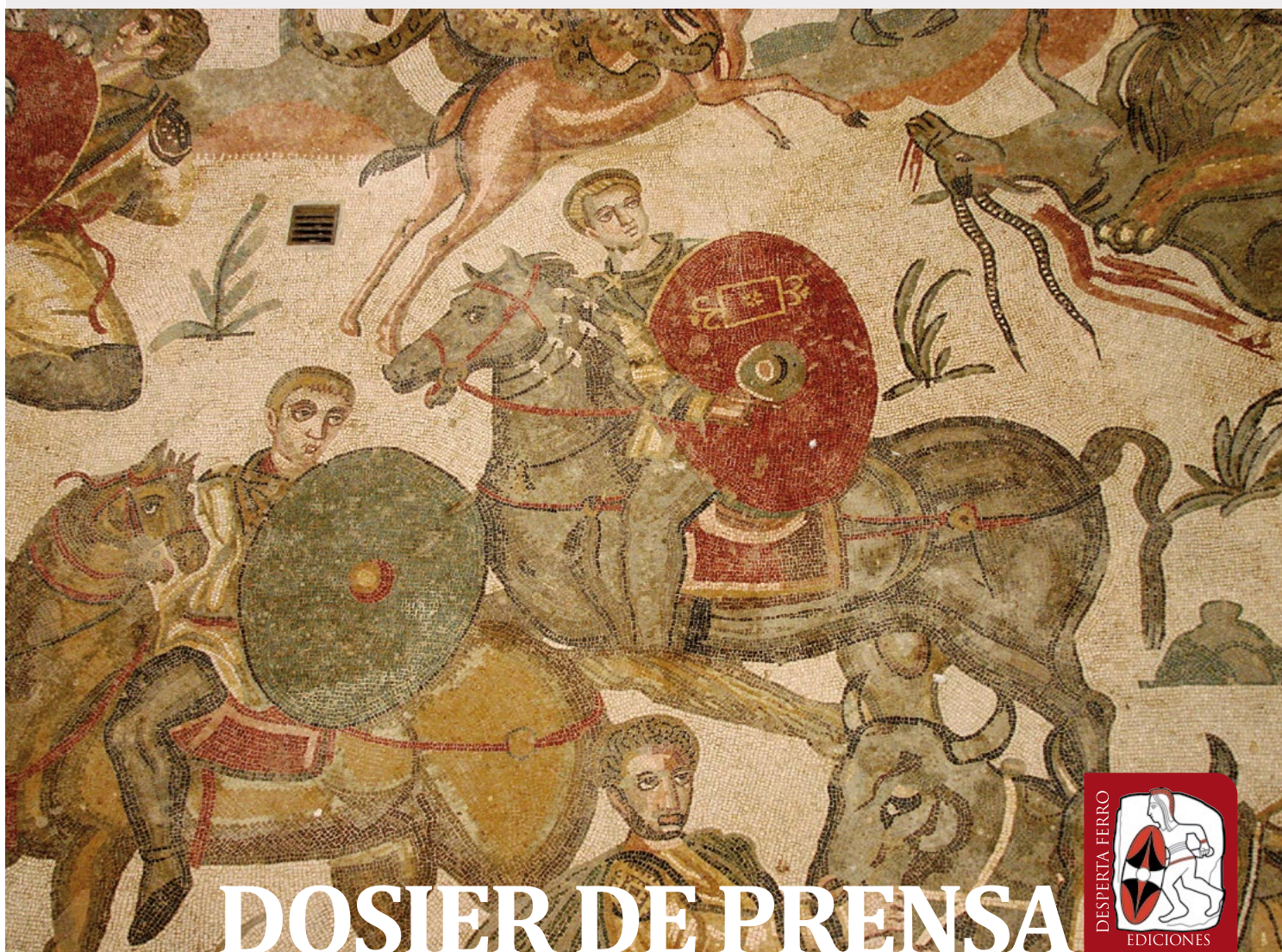
El águila y los cuervos explicado por José Soto Chica

EN POCAS PALABRAS

Son centenares, literalmente, las teorías que se han esgrimido para explicar la caída de Roma: el triunfo del cristianismo, las invasiones bárbaras, el colapso económico, la crisis demográfica, la barbarización del ejército, el cambio climático... Sin embargo todas esas teorías se estrellan contra una realidad incontestable: el "hermano gemelo" del Occidente romano, el Imperio romano de Oriente, Bizancio, no solo sobrevivió mil años más, sino que, mientras Occidente perecía, él prosperaba y se expandía. ¿Cómo explicar destinos tan diferentes? A partir de esta premisa y problema, el libro lleva a cabo una exhaustiva puesta al día de lo que sabemos sobre el Imperio romano en el siglo IV y demuestra que, lejos de los tópicos imperantes sobre si era un Estado decadente y caduco, se trataba más bien de un mundo vital, próspero y poderoso. La economía romana se hallaba en el siglo IV en plena expansión y su demografía estaba en auge, su ejército seguía siendo el más poderoso del mundo, su administración no tenía

parangón, las pandemias y la crisis política y militar habían sido dejadas atrás y el clima era bonancible. ¿Entonces? Los hechos, sorprendentemente, nos revelan que los bárbaros no fueron el factor determinante, como tampoco lo fueron el colapso social o económico, sino que lo que realmente terminó siendo decisivo fueron los fuertes desequilibrios y desgarros internos producidos por la implacable lucha por el poder desatada entre las élites, así como el suicida y egoísta desapego que las aristocracias regionales sentían hacia el Estado y las erróneas decisiones tomadas por unos dirigentes más interesados en su propio beneficio personal que en el bienestar público. En última instancia, la caída de Roma culminó en un proceso en el que los "milmillonarios" del momento, la aristocracia senatorial, se creyeron lo suficientemente poderosos e intocables como para prescindir del Imperio. Se equivocaron. Los bárbaros cuyo triunfo propiciaron o apoyaron, terminaron relegándolos a la insignificancia y la prosperidad, estabilidad y seguridad en la que habían medrado, y

Dos jinetes romanos equipados de forma ligera toman parte en una gran cacería de bestias salvajes en el norte de África, en un detalle de los mosaicos que decoran el suelo de la Villa del Casale (Piazza Armerina, Sicilia). La caballería se convirtió en un arma de una creciente importancia estratégica y táctica a lo largo de los siglos III-V, hasta consolidarse como el arma decisiva de los ejércitos de la época ya en el siglo VI.



DOSIER DE PRENSA

que el caído Imperio había asegurado durante siglos, se perdieron y fueron sustituidas por la pobreza, la anarquía y la violencia.

LO MÁS DESTACADO

- La aristocracia senatorial eran los millonarios del momento. Su creciente tendencia a desentenderse del sostenimiento del Imperio y su errónea idea de que, colaborando y apoyando con y a los bárbaros invasores podrían mantener sus privilegios y obtener lo mismo que Roma les había asegurado durante siglos, prosperidad y seguridad, fue causa no menor de la caída de Roma.
- Roma no solo no estaba en situación de crisis en la segunda mitad del siglo IV sino que se hallaba en un ciclo virtuoso de crecimiento en el que la expansión agraria, la pujante demografía, el renacido comercio, la reaparición de la banca y su apogeo y su moderada presión fiscal, convertían al Imperio en el Estado más próspero del Mundo. De hecho, los romanos del siglo IV lograron algo que ya deseáramos nosotros: moderar la inflación hasta un saludable 3%.
- Al Imperio romano no le falló la capacidad de integrar a los bárbaros, sino la fuerza necesaria para convertir esa integración en la única opción posible que les quedara a los caudillos bárbaros.
- Roma creó un mundo mestizo y dinámico y fue ese mundo, el mundo de los “espacios intermedios” en donde se mezclaban e interactuaban bárbaros y romanos, el que creó la Europa medieval.
- Roma nos fascina porque nunca se ha ido. Basta con pasear por nuestras ciudades: ¿Qué son el arco de triunfo de París, La puerta de Alcalá de Madrid o el Capitolio de Washington sino las muestras arquitectónicas de nuestra nostalgia y obsesión por Roma?

UN DESARROLLO MÁS AMPLIO

El libro se estructura en una introducción a la que siguen siete capítulos, con títulos extraídas de fuentes de la época, y un epílogo que nos muestra el resultado de la caída: la empobrecida Europa del siglo VI.

La introducción nos interpela respecto al por qué la caída de Roma sigue siendo un tema tan de actualidad y tan fascinante para el hombre de hoy y por qué sigue siendo importante que comprendamos sus causas.

En el **capítulo 1, “La sangrienta tempestad de la batalla”**, nos asomamos a la batalla del Río Frígido, año 394, en la que hallamos muchos de los fenómenos, hombres y factores que estaban operando y operarían en el drama de la caída del Occidente romano y llevamos a cabo un rápido cuadro de conjunto sobre el Imperio romano justo antes de que se iniciara la crisis que lo llevaría a la ruina.

En el **capítulo 2, “también en Roma mueren los hombres”**, se aborda un exhaustivo y actualizado análisis de las fuerzas y debilidades del Imperio en la segunda mitad del siglo IV y se superan muchos de los tópicos y arquetipos generalizados e imperantes. Así, por ejemplo, se muestra como los testimonios sobre operaciones bancarias son los más numerosos de todo el periodo romano, que se logró embridar la inflación en un saludable 3% anual, que la circulación de oro se multiplicó, que el comercio interior y exterior vivió una fase de apogeo o que en muchas áreas del Imperio, las más importantes de hecho, se asistió a una fuerte expansión de la agricultura y de la población y no a una mengua de las mismas. Del mismo modo, se comprueba cómo la administración era mucho más efectiva que en los siglos precedentes y que la presión fiscal no solo no era asfixiante, sino mucho más tolerable que en otros Estados contemporáneos y, desde luego, mucho menor que en nuestros días. De hecho, Roma era, en el siglo IV, el Estado más poderoso, poblado y rico del mundo.

Sin embargo, Roma se enfrentaba a serios problemas: los continuos conflictos por el poder, la inestabilidad política y el creciente desapego de sus élites. Eso y el fuerte desequilibrio producido en el gobierno de Occidente por mor de la concentración de fuerzas en manos de un solo hombre, el magister peditum in praesenti, una figura que se transformó en una suerte de “generalísimo” cuyo poder relegaba al emperador a un segundo plano y exacerbaba las luchas internas por el poder, propició que Occidente entrara en la crisis del siglo V desde una posición de debilidad y división.

En el **capítulo 3, “Cuando se enfurece Ares”**, se narran los hechos acontecidos entre 357, batalla de Estrasburgo, y 378, desastre de Adrianópolis. Asistimos al alzamiento de Juliano el Apóstata y a su desastrosa campaña persa, a la formidable crisis que afrontaron y superaron Valentiniano I y Valente y a los crecientes problemas internos producidos por las rivalidades políticas y la acumulación de riqueza en unas pocas manos. Abordamos también las complejas relaciones e interacciones entre el mundo bárbaro y el romano y a la migración de los hunos y sus catastróficas consecuencias que desembocaron en el desastre de Adrianópolis.

En el **capítulo 4, “Un imperio convertido en morada de bárbaros”**, se narra cómo Teodosio I, nacido en Hispania, fue capaz de superar la crisis provocada por la derrota sufrida ante los godos en Adrianópolis y cómo los frutos de ese éxito se dilapidaron en guerras civiles y disputas internas. La ambición personal de Teodosio motivó, además, que se llevara a cabo una desequilibrada distribución de la fuerza militar disponible entre las partes oriental y occidental del Imperio. Una nueva distribución y organización que perjudicó al Occidente y facilitó la aparición de la figura del “generalísimo.”



Detalle de uno de los relieves que decoran el arco del tetrarca Galerio en Tesalónica (reg. 293-311) y que constituye una de las fuentes iconográficas principales para conocer la apariencia y panoplia de los ejércitos romanos de los siglos IV y V. Pueden observarse a distintos soldados equipados con escudos redondos y lanzas, protegidos por cotas de mallas, corazas de escamas y cascos segmentados de variada tipología. Entre sus líneas emergen los estandartes característicos del periodo: *vexilla* y *dracones*. Preside la escena la fragmentada figura de Galerio, arengando a sus tropas.

En fin, asistimos a la sublevación de Alarico, a la miope y suicida política de Estilicón que sacrificó los intereses públicos en aras de su ambición política, al colapso de las fronteras y al saqueo de Roma por los godos.

En el **capítulo 5, “Fija precio a la carne humana”**, comprobamos cómo un Estado aparentemente sólido y próspero puede ser conducido a la ruina en apenas unos años. Abordamos las invasiones y las diferentes respuestas que les dieron las élites y gentes de las diversas partes del Imperio. Asistimos a la sorprendente y parcial restauración del Occidente romano lograda hacia 418 gracias al genio de un dirigente olvidado: Constancio III, y se lleva a término una evaluación del coste del desastre sufrido: en menos de 18 años los ingresos del Occidente romano se habían reducido en un 65%, sus ejércitos en un 50%, su población en un 30% y su territorio en un 21,7%. Ese fue el coste de las invasiones y de las guerras civiles de inicios del siglo V.

Pero la parcial restauración del Occidente romano lograda por Constancio III se malbarató por mor de los dos tumores que devoraban al Imperio: las luchas de poder internas y el egoísmo de sus aristocracias. Más aún, fueron las guerras civiles y las luchas por el poder libradas entre las élites, y no las invasiones, las que terminaron sentenciando al Occidente. Un Occidente en el que ya no se combatía por ver quién sería el próximo emperador, sino por dilucidar quién sería el próximo “generalísimo” que gobernaría en su nombre.

En el **capítulo 6, “La semilla del desastre”**, nos centramos en la clave de bóveda sobre la que aún se asentaba la supervivencia del Occidente romano en 429: la prosperidad de África. Sin África, sin sus recursos, el Occidente colapsaría. Pero ni Aecio ni Gala Placidia pudieron dejar atrás su propia ambición para atender a la defensa de África y cuando esta cayó en manos de los vándalos, el destino de Roma quedó sellado.

Mientras, asistimos a la creación del imperio de Atila y confrontamos sus estructuras y organización con el romano para luego entender mejor la lucha por la supervivencia librada entre hunos y romanos y comprender cómo fue posible que, pese a todo, la agonizante Roma triunfara.

Comprenderemos también por qué mientras el Occidente romano se debilitaba más y más, Oriente entraba en una nueva fase de estabilidad política, de fortaleza militar, expansión demográfica y prosperidad económica.

En el **capítulo 7, “¡Oh miseria!”** se narra la desesperada lucha de Mayoriano para enfrentar los dos mayores problemas del debilitado occidente romano: la creciente independencia y desapego de la aristocracia, cada vez más enriquecida y cada vez menos implicada en el sostenimiento del Estado, y el asfixiante y paralizante poder del “generalísimo” que lastraba el gobierno imperial.

El fracaso de Mayoriano y los desastres militares sufridos ante los vándalos que ocupaban África, llevan al Imperio a su última fase de agonía y a su definitiva disolución.

En fin, en **“Epílogo entre los restos de un Imperio”** contemplamos a la Europa y la Roma del siglo VI. Los hijos de los orgullosos aristócratas romanos del siglo V sirven ahora a las órdenes de reyes bárbaros y combaten y mueren en sus guerras. En la semiabandonada y arruinada ciudad de Roma, solo queda la nostalgia por una época luminosa que los propios romanos socavaron: el águila, el imperio que les aseguraba el orden y la prosperidad, pereció a manos de aquellos que habían medrado bajo su protección: los cuervos. Los ambiciosos aristócratas y dirigentes que no supieron comprender que su propia riqueza, supervivencia y seguridad dependían del sostenimiento del Imperio que dejaron perecer.



ENTREVISTA AL AUTOR

Entrevistamos a **José Soto Chica**, exmilitar profesional, escritor y doctor en Historia Medieval. Su carrera en el ejército se vio truncada por un accidente con explosivos le costó una pierna y lo dejó ciego, pero esto le llevó a reencauzar su vida hacia su verdadera pasión, la historia.

Es autor de las aclamadas monografías *Imperios y bárbaros*, *La guerra en la Edad Oscura* y *Visigodos. Hijos de un Dios furioso*, además de haber publicado varias novelas históricas. Esto le confiere un talento extraordinario para narrar. Su nuevo libro, *El águila y los cuervos. La caída del Imperio romano*, no es una excepción. Con una narración ágil y plagada de minuciosos detalles, Soto Chica nos transporta a un momento decisivo en la historia de Roma: su final.

Soto Chica hace frente a un reto mayúsculo y se pregunta sobre las causas que condujeron al colapso del Imperio romano de Occidente. De su mano y prosa, desentrañamos las causas que explican la caída de Roma para revolucionar la óptica desde la que la historiografía hasta ahora analizaba este acontecimiento. Para descubrir el origen de las causas hace falta mirar al interior del imperio y es que los responsables de su final fueron las élites romanas. Aquellas que, movidas por su avaricia de poder y desapego hacia el Estado, desangraron en infinitas

guerras civiles al águila imperial. En definitiva, el autor nos ofrece un relato sobre el pasado romano que se puede leer con los ojos del presente.

¿Qué hay de actualidad en la historia de la caída de Roma?

Mucho, la desaparición del Imperio romano dejó un vacío tan profundo y desolador en nuestra conciencia colectiva que una y otra vez lo hemos tratado de revivir, remedar, imitar... Es por eso que hasta nuestra propia idea de imperio depende de Roma, pues Roma es la medida de todos los imperios, y es por eso también por lo que, desde que Carlomagno fue coronado

emperador de romanos en el año 800 nuestra historia podría definirse como la historia de una nostalgia y de una obsesión: la nostalgia por un imperio que encarnaba la fuerza y la prosperidad y la obsesión por

restaurarlo o, al menos, por recrearlo. Si entendemos eso podremos entender mejor también el presente: el miedo del actual imperio, EEUU, a perder su hegemonía, a derrumbarse como lo hizo Roma; la obsesión de Rusia por reverdecer las mitificadas glorias de la "Tercera Roma"; la pretensión del eje franco-alemán de basar su autoridad sobre el resto de Europa en su pasado común como herederos de un émulo de Roma,

«Las fortunas de las familias senatoriales eran descomunales. Eran los "milmillonarios" del momento».

«El miedo del actual imperio, EEUU, a perder su hegemonía, a derrumbarse como lo hizo Roma; la obsesión de Rusia por reverdecer las mitificadas glorias de la “Tercera Roma”».

el Sacro Imperio Romano, etc. La caída de Roma parió la Europa medieval y la Europa de la Edad Moderna y Contemporánea globalizó el Mundo y lo dominó hasta hace apenas 70 años.

A menudo se comparan los actuales procesos migratorios que afectan a Europa o a EEUU con las invasiones que en el siglo V contribuyeron al derrumbe del Imperio romano. ¿Considera acertadas dichas comparaciones?

En modo alguno. Se trata de argumentos y comparaciones huecas y vacías de conocimiento histórico y racionalidad. Los emigrantes, legales o ilegales, que hoy llegan a Europa y a EEUU en busca de una vida mejor no tienen nada que ver con las invasiones del siglo V. En el siglo V el Imperio recibió la acometida de grandes masas humanas organizadas como ejércitos. Esos invasores no eran o, por mejor decir, no solo eran emigrantes en busca de mejores oportunidades, sino ante todo una fuerza militar y política exógena y organizada que amenazaba la integridad y supervivencia del Imperio. Es cierto que muchos de los bárbaros que traspasaron el limes romano deseaban ante todo participar de la prosperidad y la seguridad que Roma ofrecía, pero la historia no es el relato de nuestros deseos, sino de cómo los materializamos y los bárbaros del siglo V los hicieron realidad mediante la violencia y la extorsión. Cuando un grupo de guerreros bárbaros se presentaba ante una ciudad romana trataba a menudo de negociar y asentarse, pero si sus exigencias de tierra y riquezas no eran atendidas, se limitaban a imponerlas por la fuerza. Que alguien me diga qué tiene que ver algo así con la gente que viene a nuestros países para trabajar y contribuir a la prosperidad de todos. Nada, absolutamente nada.

¿Qué aporta su estudio de nuevo sobre el tema?

En primer lugar aportó una perspectiva comparativa que me permite valorar mejor las fuerzas y debilidades del Imperio romano en los días previos a su crisis y caída. Yo me formé como bizantinista e iranólogo y, en consecuencia, he dedicado muchos años al estudio de imperios como el bizantino, el sasánida, el primer imperio árabe, el imperio de los turcos occidentales,

el de los ávaros, etc. Dicho de otro modo, puedo valorar porque puedo comparar, y es por eso que pongo en el centro de mi ensayo la pregunta que otros ensayos sobre este tema no resuelven: ¿por qué el Occidente romano cayó mientras que el Oriente romano prosperó, se expandió y sobrevivió por otros mil años? Los problemas sociales, militares, políticos, económicos, climáticos, etc. que hacia el año 400 afrontaban ambas partes del imperio romano eran similares y, sin embargo, sus respuestas a dichos problemas fueron diferentes y, por ende, sus destinos también. Mi ensayo muestra qué cosas hizo mal Occidente y cuáles hizo bien Oriente. Además, ofrezco una historia global del final del Imperio romano y nuevos enfoques y datos que cambian por completo no pocos paradigmas y arquetipos fuertemente enraizados en nuestra historiografía y, sobre todo, en la divulgación, en lo que una y otra vez se nos cuenta sobre la caída de Roma.

¿Pero cuáles fueron las causas principales de la caída del Occidente romano según usted?

En los últimos cien años se han aducido cientos, literalmente, de causas para explicar la caída de Roma. Se ha señalado a los bárbaros, a los cristianos, al colapso económico, a la agitación social, al cambio climático, a las pandemias e incluso a razones tan peregrinas como la contaminación del agua por el uso de cañerías de plomo. Evidentemente la caída del Occidente romano fue un proceso complejo y fueron muchas las causas que concurrieron en él, pero sin duda hubo algunas de ellas que fueron determinantes y en mi libro defiendo que tres fueron las causas principales: primero, la continua y violenta lucha por el poder que mantenían entre sí las élites romanas y que dilapidaba buena parte de los recursos y energías del Imperio; segundo, la desequilibrada distribución de la fuerza militar que se impuso a Occidente a fines del siglo IV y que propició el surgimiento de los llamados “generalísimos”; y tercero, la creciente tendencia de la aristocracia a desentenderse del sostenimiento del Estado y a desligarse de él, privándolo de capitales y facilitando, cuando no apoyando, la instalación de reinos bárbaros dentro del territorio imperial en la errónea idea de que esos bárbaros les proporcionarían la seguridad que ya

«Los emigrantes, legales o ilegales, que hoy llegan a Europa y a EEUU en busca de una vida mejor no tienen nada que ver con las invasiones del siglo V».

no garantizaba Roma y a un coste menor. Junto con esas causas principales, concurren otras muchas y junto a todas ellas, la desastrosa e importantísima miopía política, la desmedida ambición y el mal gobierno de hombres y mujeres como Estilicón, Honorio, Gala Placidia, Ricimero, etc. Pues las decisiones de los políticos, ayer como hoy, cuentan mucho y a veces, son germen de terribles desastres.

¿Tan importante fue la acción de la aristocracia?

Sí, en el siglo IV la aristocracia senatorial recuperó una parte considerable de la influencia que había perdido en el siglo III y aumentó exponencialmente su riqueza. Las fortunas de las familias senatoriales eran descomunales. Eran los “milmillonarios” del momento. En 425, cuando Roma ya había sido saqueada por Alarico y el Imperio se hallaba al borde de la quiebra, las familias más ricas de la aristocracia de la vieja Roma recibían rentas que superaban las 4000 libras de oro y que hubieran bastado para sufragar los ejércitos que Roma necesitaba para vencer a los bárbaros o para aliviar a los arruinados campesinos de sus provincias.

Pero esa aristocracia no solo se mostró poco dispuesta a sostener al Imperio, sino que se opuso a cualquier reforma que implicara comprometerse con su salvación. Más aún, los aristócratas optaron por apoyar a “generalísimos” de origen bárbaro como Ricimero

y Odoacro para deponer a emperadores eficaces y esforzados que podían haber salvado al Imperio, como Mayoriano o Antemio, con tal de acrecentar su riqueza y su impunidad. Se creían intocables y en cierto momento, pensando que los bárbaros podían ofrecerles lo que antes les había proporcionado el gobierno imperial, se pasaron “al enemigo”. Cuando la riqueza te permite creer que no necesitas al Estado, todo se va al garete.

¿Y las otras causas que habitualmente se nos aducen?

No fue la economía. El siglo IV fue una época de expansión agrícola en la que el comercio, tanto el interior como el exterior, renació con fuerza. La banca y el crédito regresaron y se expandieron, alcanzando cifras nunca vistas. La circulación de oro se multiplicó y la moneda fuerte gozó de una estabilidad y un prestigio sin igual. Incluso la inflación, tan difícil de gobernar en la primera mitad del siglo, fue reducida a un 3% en la segunda mitad del mismo. Oriente siguió gozando de esa prosperidad agrícola y comercial durante todo el

siglo V y durante el primer tercio del VI, probando con ello que el sistema funcionaba. Tampoco fue la presión fiscal, ni la paralizante administración. Oriente no alteró, sino todo lo contrario, las líneas maestras del sistema fiscal y administrativo romanos del siglo IV. Se hicieron ajustes, por supuesto, y pequeñas modificaciones, pero en esencia, se mantuvo. En general, solo el 10% de la producción se destinaba al pago de impuestos y la ratio entre funcionarios y administrados era insólitamente baja. Tampoco fue el clima. El siglo IV vio el cénit de lo que llamamos óptimo climático romano. Las temperaturas fueron cálidas y las lluvias, en buena parte del Imperio, abundantes. De hecho, el Imperio era tan grande y abarcaba tantas áreas climáticas que la alteración negativa del clima en una de ellas era compensada con la estabilidad o mejora que acontecía en otras. La capacidad logística y redistributiva del Imperio le permitía hacer frente con éxito a las malas cosechas que pudieran darse en una región trasladando alimentos y bienes desde otras provincias. La bonanza climática continuó, en esencia, a lo largo del siglo V y el clima solo comenzaría a

enfriarse significativamente a partir de 536. En cuanto a las pandemias, al contrario de lo que aconteció en los siglos II y III, y de lo que sucedería en los siglos VI y VII, en los siglos IV y V los habitantes del Imperio no sufrieron ninguna pandemia, ni tampoco grandes epidemias

regionales. Por último, la sociedad romana tardía, en sus líneas generales, pervivió en Oriente hasta inicios del siglo VII, cuando las invasiones persas y árabes desarticularon la propiedad, la economía y hasta el modelo de ocupación del territorio. Si en Oriente la sociedad no vivió grandes conflictos, ni se mostraba en descomposición, habrá que plantearse que, pese a los problemas inherentes a toda sociedad humana, el sistema gozaba de cierta salud. Así que fueron causas relacionadas con un mal gobierno, una mala distribución de la fuerza disponible y una insólita acumulación de riqueza e influencia en escasísimas manos.

¿Y los bárbaros?

En la segunda mitad del siglo IV había surgido un mundo mestizo, permítame llamarlo así, a ambos lados de la frontera romana. Dicho de otro modo, las diferencias, los límites entre bárbaros y romanos se estaban desdibujando. Un ejemplo: en cierta ocasión, Juliano el Apóstata, a la sazón César de Occidente,

«Es ese nuevo mundo, romano y bárbaro, el que parió Europa. Europa siempre ha sido mestiza y multicultural».

se las vio y deseó para convencer a los ciudadanos romanos de Troyes, una ciudad de las Galias, de que le abrieran las puertas ¿El motivo? Los ciudadanos no eran capaces de discernir si aquel hombre y los soldados que lo acompañaban eran romanos o germanos. A ese nuevo mundo de frontera y mestizo yo lo he denominado “espacios intermedios” y en cierta medida podemos comprenderlo si miramos en dirección a lo que hoy está pasando en los estados fronterizos de EEUU y México en donde se asiste a la generación de uno de esos “espacios intermedios”. Es ese nuevo mundo, romano y bárbaro, el que parió Europa. Europa siempre ha sido mestiza y multicultural.

¿Roma no fue capaz de integrar a esos bárbaros?

A Roma no le falló su capacidad de integración, sino la fuerza necesaria para convertir la integración en la única opción viable para los jefes bárbaros y sus ejércitos/pueblos.

¿Ejércitos/pueblos?

Sí, no otra cosa eran visigodos, vándalos, suevos, ostrogodos, francos... La historiografía los presentó a menudo como “realidades nacionales”, pero Alarico, Genserico o Teodorico no capitaneaban pueblos, en el sentido que hoy damos a esa palabra, sino seguidores armados que arrastraban tras ellos a sus familias y que procedían de múltiples y variados orígenes étnicos. Alarico, por ejemplo, contaba con godos de varias tribus, amén de hunos, alanos, bastarnas, esciros, taifales y, junto a todos ellos, miles y miles de provinciales romanos de las provincias balcánicas, danubianas e itálicas del Imperio. Los visigodos no son un pueblo germánico, sino un conglomerado de gentes desesperadas guiadas por un caudillo militar.

¿Qué enseñanza nos lega la caída de Roma?

Le contesto con dos ejemplos, con dos historias reales de la época. En 409, un niño llamado Hidacio

pudo viajar sin trabas desde la Gallaecia hispana hasta Jerusalén. Ese mismo niño llegó a ser obispo de Flaviobriga, hoy Chaves, Portugal. Para ese entonces, allí, en su Gallaecia natal, regían ya el caos y la violencia y el niño que había viajado hasta Jerusalén, en su vejez, tenía problemas para saber qué estaba

pasando más allá de su ciudad. Por esos mismos años, hacia 470, en Nórico, grosso modo lo que hoy es Austria, san Severino repartía entre los pobres aceite de oliva. Era algo increíble. Algo tan excepcional, el poder consumir aceite de oliva en la norteña Nórico, que su biógrafo se apresuró a registrarlo. Lo significativo era que, unas décadas antes, en los años iniciales del siglo V, el aceite de oliva era algo cotidiano en Nórico y se usaba no solo como alimento, sino también para iluminarse.

Pongo estos dos ejemplos, el del niño que pudo viajar sin trabas de Gallaecia a Palestina

y que en su vejez queda confinado a los estrechos límites de su provincia y el del prodigioso reparto de aceite de oliva entre los pobres de Nórico, que veían como milagroso lo que en la infancia de muchos de ellos hubiera sido algo habitual y banal, porque definen perfectamente qué era el Imperio y qué se perdió realmente cuando Roma cayó: el Imperio era un inmenso espacio de intercambio, orden y seguridad y cuando Roma cayó, todo eso, todo lo que los hombres del año 400 creían normal y natural, dejó de existir. Eso es lo que nos enseña la caída de Roma: a valorar la libertad, la seguridad y la riqueza que proporcionan un Estado fuerte y equilibrado, en donde rige la ley, y a desconfiar de la acumulación de poder y de riqueza en manos de aquellos que se creen capaces de imponer sus intereses personales a los del Estado y la comunidad.

«Eso es lo que nos enseña la caída de Roma: a valorar la libertad, la seguridad y la riqueza que proporcionan un Estado fuerte y equilibrado, en donde rige la ley, y a desconfiar de la acumulación de poder y de riqueza en manos de aquellos que se creen capaces de imponer sus intereses personales a los del Estado y la comunidad.».



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

JOSÉ SOTO CHICA, POR PEPE SOTO CHICA

Nací en Santa Fe, Granada, en 1971. Desde pequeño fui un lector compulsivo de historia (mi primer libro, a los siete años, fue la *Anábasis* de Jenofonte). En 1992-1993 realicé mi servicio militar en el Regimiento Saboya N.º 6, Brigada Mecanizada N.º XI. El ejército me atrapó y en 1994 me alisté como soldado profesional, tras pasar por Alicante, me destinaron al Regimiento Córdoba N.º 10, Brigada Mecanizada N.º X. En enero de 1995 fui destinado a la Misión de Paz de la ONU, UMPROFOR, en Bosnia Herzegovina. El conflicto bélico estaba en su punto álgido y permanecí en Bosnia hasta finales de abril de ese año, realizando misiones de protección y escolta en destinos como Medjugorje, Mostar, Jablanica, Metkovic, Chaplina, etc. Recibí la Medalla al Servicio por la Paz de la ONU. En enero de 1996 y en el marco de unas maniobras con explosivos llevadas a cabo en el campo de maniobras de mi base, Cerro Muriano, sufrí un accidente con una mina que me dejó ciego y en el que perdí la pierna izquierda. Durante catorce días estuve entre la vida y la muerte y tras despertar en el hospital, mi recuperación fue rápida. En 1997, con 26 años de edad, comencé a cursar la licenciatura de historia en la Universidad de Granada. Tras una buena carrera –menos cuatro sobresalientes y dos notables, el resto fueron matrículas de honor– cursé el DEA, obtuve una beca de formación de doctores de la Junta de Andalucía y comencé mi tesis doctoral: *Bizantinos, sasánidas y musulmanes. El fin del mundo antiguo y el inicio de la Edad Media en Oriente. 565-642*, que defendí en marzo de 2010 obteniendo la máxima calificación.

Cómo trabaja un historiador ciego

La informática para ciegos ha dado un gran salto en los últimos años. Un ordenador normal y corriente pero con el programa Jaws permite al ciego escribir, leer, navegar por Internet, usar el correo, etc. Jaws describe con voz lo que el usuario normal vería en pantalla: iconos, enlaces, texto, etc. Un escaner portátil conectado al ordenador permite leer sin problemas. Basta con escanear el documento que se quiere leer: libro, revista, periódico, etc. para que Jaws lo lea. Además el documento se archiva en distintos formatos y así puede volver a consultarse o trabajar sobre él sin problemas y sin tener que volver a escanearlo. En cuanto a mi trabajo de investigación, en primer lugar y durante años he ido acumulando, escaneando, cientos de fuentes y bibliografía que me sirven de base de partida. Las fuentes, herramientas fundamentales, no solo están ya archivadas en mi ordenador, sino que en cierta medida se han transformado en bases de datos sobre las que ya es fácil operar con parámetros de búsqueda. Internet el gran amigo de los ciegos: buena parte de las grandes bibliotecas del mundo han digitalizado sus fondos y los han hecho accesibles para personas ciegas. Ello facilita mucho la labor de investigación que, en esencia, es similar a la de cualquier otro. En el caso de las imágenes, monedas, sellos, esculturas, mosaicos, etc. recorro a descripciones de análisis de especialistas y a mis “ojos suplentes”: familiares, amigos, compañeros de mi centro de investigación... que me describen lo que ven y a partir de ahí tomo notas. Téngase en cuenta que me quedé ciego con 24 años y eso lo cambia todo. Mi cerebro sigue viendo y además, al ser un apasionado de la historia, del arte y de la geografía, buena parte de lo que me describen, o bien lo he visto y se trata de refrescar detalles, o bien puedo evocar equivalentes cercanos y componer una imagen bastante aproximada. En una biblioteca, con mi ordenador y un escaner, no creo que hoy exista una diferencia significativa entre mi labor y la de un investigador en plena posesión de sus sentidos físicos.

Curriculum de José Soto Chica

José Soto Chica es doctor en Historia Medieval por la Universidad de Granada. Posee la acreditación de profesor contratado doctor y es investigador del Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas de Granada. En su faceta como historiador ha publicado *Bizancio y la Persia sasánida: dos imperios frente a frente. Una comparación militar y económica. 565-642*, *Bizancio y los sasánidas. De la lucha por el Oriente a las conquistas árabes*, *La didascalia de Jacob* y, ya bajo el sello de Desperta Ferro Ediciones, *Imperios y bárbaros. La guerra en la Edad Oscura*, *Los visigodos. Hijos de un dios furioso* y *El águila y los cuervos*. Pero además, también tiene en su haber las novelas históricas *Tiempo de leones*, *Los caballeros del estandarte sagrado*, *El dios que habita la espada* (Edhasa - Premio Narrativa Histórica 2021) y *Bajo el fuego y la sal*.

Es así mismo autor de más de cuarenta artículos científicos y capítulos de libro en obras especializadas. Ha publicado también artículos de divulgación histórica en revistas como *Desperta Ferro Antigua y Medieval* o *Arqueología e Historia*. También es autor de relatos cortos, poemas y artículos de opinión. Soldado profesional, sirvió en la misión de Paz de la ONU en Bosnia Herzegovina y recibió la Medalla por la Paz en 1995. En 2011 fue galardonado con el Diploma Honorífico a la Divulgación de la Historia y la Cultura de la ciudad de Estambul concedido por la Asociación de Comerciantes Suyad Sultanahmet Onur Belgesi de Estambul. En 2013 recibió la Gran Cruz al mérito distinguido de la asociación Duque de Ahumada. Es miembro de la Sociedad Española de Bizantinística, de la Sociedad Española de Iranología, de la Sociedad Española de Estudios Neogriegos y de ASEHISMI: Asociación Española de Historia Militar y ha impartido y ofrecido clases, conferencias y ponencias en universidades e instituciones tales como las universidades de Granada, Almería, Oporto, Lund, Teherán, Alcalá de Henares, Autónoma de Barcelona, Murcia, La Real Academia de la Historia, La Academia Militar General, el MADOC o La Base Aérea de Armilla. Ha sido redactor y voz de programas de radio, comisario de exposiciones. Asimismo, es socio del Centro Artístico, Literario y Científico de Granada. Actualmente participa en varios proyectos de investigación e imparte clases.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos

Prólogo

Introducción

1. «La sangrienta tempestad de la batalla»
2. «También en Roma mueren los hombres»
3. «Cuando se enfurece Ares»
4. «Un imperio convertido en morada de bárbaros»
5. «¡Fija precio a la carne humana!»
6. «La semilla del desastre»
7. «¡Oh, miseria!»

Epílogo

Bibliografía

Índice analítico



DOSIER DE PRENSA

INTRODUCCIÓN

Roma, y muy en particular su caída, nos fascinan. No es de extrañar, pues hasta la propia palabra imperio, o *imperium*, remite a ella, a la lengua de Roma. Roma es el patrón, la medida de lo que todos entendemos por imperio. Roma es raíz fuerte y poderosa en la historia y ha condicionado y condiciona, el devenir de los pueblos de Europa, del norte de África, de Oriente Próximo y, a través de la colonización europea, de América y Oceanía, alzándose siempre como modelo, obsesión diría yo, al que siempre se aspira a imitar en mayor o menor medida. Baste aquí con señalar como ejemplos visibles de emulación imperial, el Capitolio de Washington, el Arco de Triunfo de París o los títulos imperiales que se dieron los emperadores del Sacro Imperio, Alemania, Austria, Rusia o el Imperio turco otomano: káiser, zar y kayser i rum, esto es y en los cuatro primeros casos, «césar» y en el tercero y con más contundencia aún, «césar de los romanos». Del mismo modo, en un eterno e imperial retorno, Carlomagno, Otón I, Mehmet el Conquistador, Carlos I de España, Felipe IV, Iván el Terrible, Napoleón, Adolfo Hitler, Mussolini... Todos, de una manera u otra, se creyeron continuadores del Imperio romano y trataron de enlazar con él o de revivirlo. Vendrán otros, no lo duden. O puede que ya estén aquí. ¿Acaso no es la Unión Europea un imperio asimétrico de bajo perfil? ¿O es que acaso no se puede considerar la firma entre Francia y Alemania del Tratado de Aquisgrán en 1919 en la sala de la coronación de su ayuntamiento, como un guiño a uno de los émulos de Roma: el Sacro Imperio Romano Germánico? ¿No será que simplemente hemos cambiado el controvertido término de Imperio por el de Unión?

Lo que el lector encontrará en este libro es un relato a la vez que una reflexión. El relato es con toda probabilidad el que más ha condicionado la historia de Europa y del Occidente, la reflexión quizá nos ayude a todos a ser más prudentes y humildes, a valorar más la paz, la estabilidad y la seguridad y, con suerte, a observar con más desconfianza a nuestros gobernantes y a ser más exigentes con nuestras élites.



Probable busto del emperador Teodosio I el Grande (reg. 379-395), encontrado en la localidad de Afrodisias (Aydin, Turquía). Este augusto de origen hispano asumió la púrpura tras el desastre de Adrianópolis (378), y fue el primero –tras el desdichado Valente– en tratar de afrontar el problema godo. Fue también responsable de convertir el cristianismo ortodoxo en la religión oficial del Estado.

CAPÍTULO 1

«LA SANGRIENTA TEMPESTAD DE LA BATALLA»

Este era el mundo de Teodosio I, un Imperio complejo y en transformación. Un Imperio aún poderoso, pero en el que las señales de desgaste y división internas, de disgregación y debilitamiento, eran ya evidentes y preocupantes. Ahora bien, esas «señales» no eran los «síntomas de una enfermedad incurable» ni de una «muerte inevitable». Que los problemas del Imperio tenían solución lo demostraría Oriente en el siglo V. Que eran importantes y peligrosos problemas, lo demostraría Occidente durante el mismo siglo. Las dos partes del Imperio, simplemente, enfocaron y enfrentaron sus graves problemas, en esencia, los mismos problemas, de forma diferente. La historia de la caída de Roma es, pues, la historia no de un proceso inevitable, sino de la adopción de malas soluciones para afrontar ese proceso.

En las siguientes páginas narraremos cómo el Occidente romano afrontó el siglo V y cómo fracasó. Luego, tras los hechos, las preguntas y para hallar las respuestas trataremos de aclarar en qué se diferenciaron Oriente y Occidente en sus respuestas. Dicho de otro modo: qué soluciones encontró Oriente y no puso en práctica Occidente.

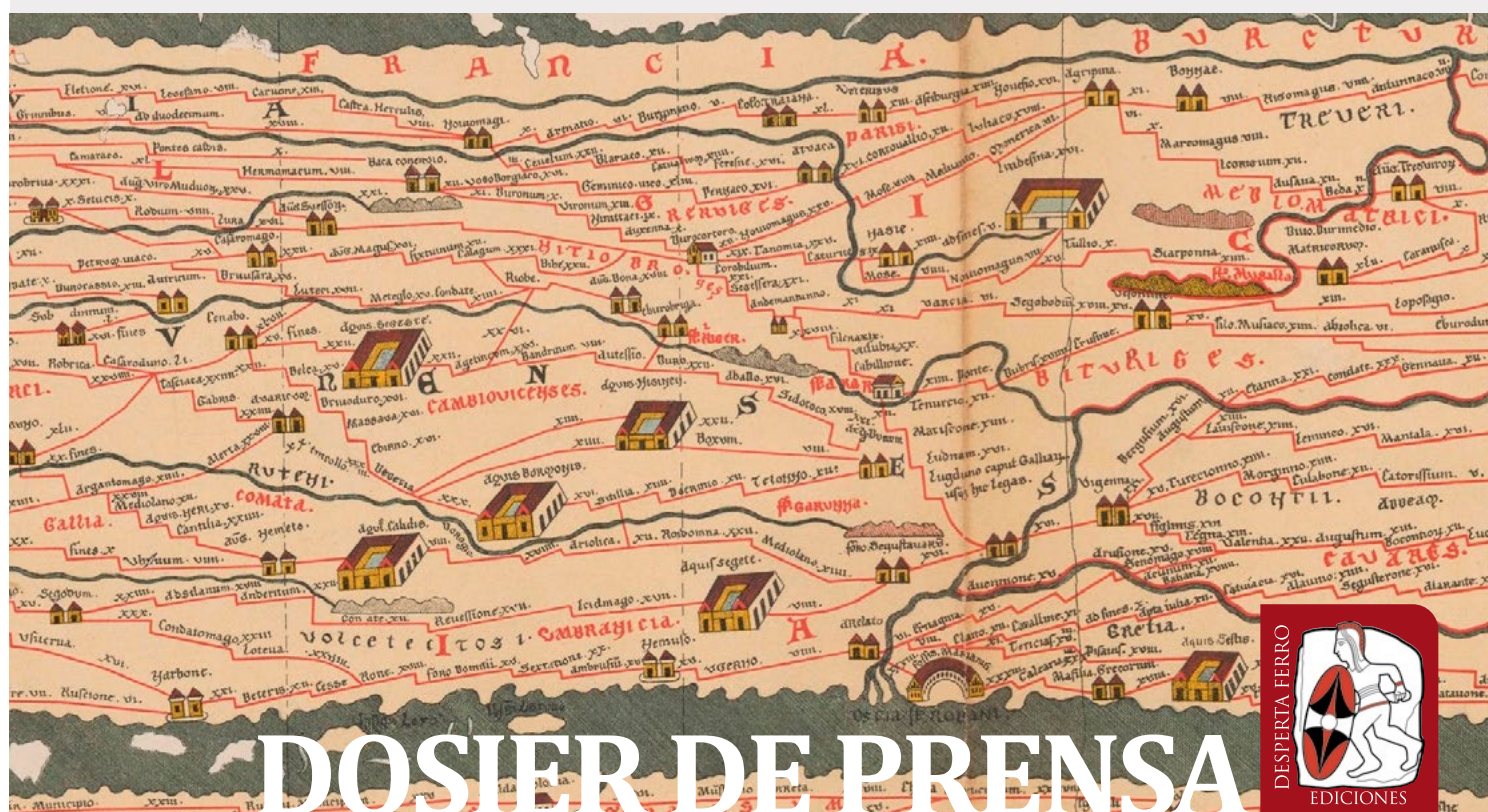
Así que esta historia, la de la caída de Roma, será una historia que nos enseñará que, en última instancia, la

seguridad y el orden, las decisiones políticas que los garantizan, la dinámica de acuerdo y enfrentamiento entre centro y periferia y entre los intereses particulares y los generales, son más decisivos para la supervivencia de un Estado que el cambio climático, la transformación del paradigma cultural o religioso o que los cambios sociales y económicos.

Roma fue siempre un Estado, un Imperio, en transformación y crisis. De la Monarquía a la República, de la República al Principado, de la crisis del siglo III al nuevo modelo de Imperio surgido de las reformas y transformaciones puestas en marcha por Diocleciano y Constantino, la sociedad, la economía, la religión o el Ejército romanos no hicieron sino evolucionar, transformarse, adaptarse. Y, en cada una de esas evoluciones, transformaciones y adaptaciones, Roma superó crisis tras crisis. Lo que diferenció a los hombres del Occidente romano del siglo V de sus antepasados fue su falta de confianza, de fe si se quiere decir así, en su Imperio y, ante todo, su falta de acierto en cómo hacer frente a la crisis que les tocó vivir.

La historia de la caída de Roma es, pues, una historia aleccionadora y quizá, por eso mismo, nos fascina: porque es la historia de cómo la mediocridad puede derribar un Imperio que parecía destinado a la eternidad.¹²

Fragmento de la Tabula Peutingeriana, un completo mapa del Imperio romano en el siglo V, que ilustra en concreto la Galia y varias de sus ciudades más importantes. Pueden apreciarse, trazadas mediante líneas rojas, las calzadas y rutas de mayor importancia que recorrían el territorio, principal utilidad de este mapa según los expertos en cartografía antigua.



DOSIER DE PRENSA



CAPÍTULO 2

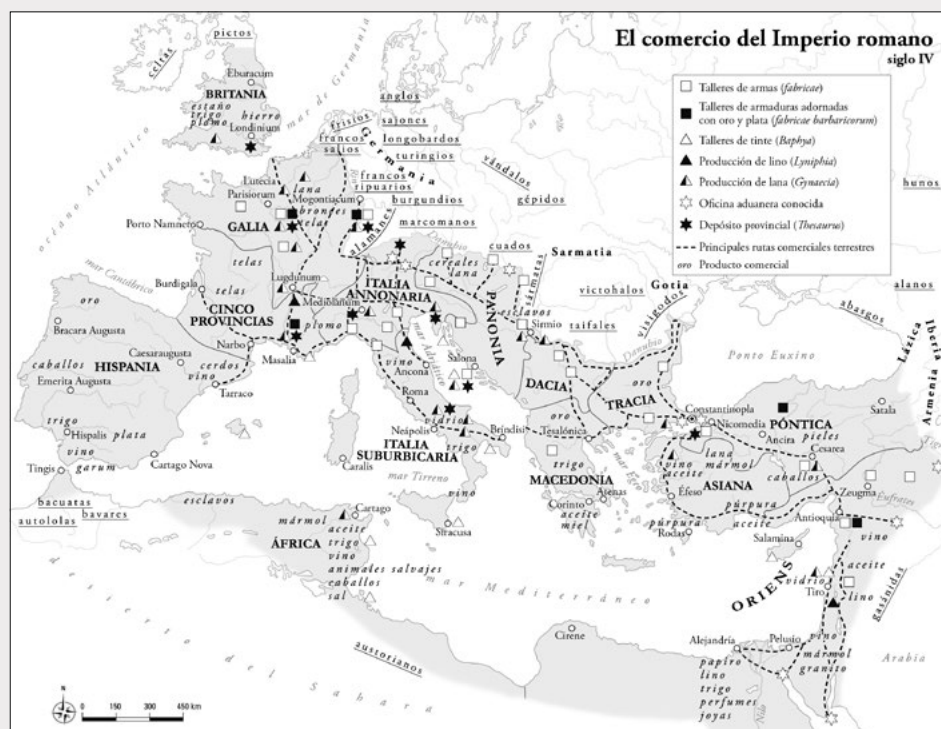
«TAMBIÉN EN ROMA MUEREN LOS HOMBRES»

LAS FUERZAS Y DEBILIDADES DEL IMPERIO EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO IV DE LA DEFENSA DE OCCIDENTE, 378-410

La supuesta decadencia del Imperio romano era muy aleccionadora para unas mentalidades que buscaban en el pasado la reafirmación de sus fobias y filias y que arrugaban la nariz ante aquel «magno hervidero en que se entremezclan extrañamente las razas y culturas» que era el Imperio romano. Algo que, dicho sea de paso, a mí siempre me ha parecido el mayor motivo de orgullo y grandeza para el gran Imperio.

Pero no debemos de escandalizarnos, ni mofarnos, pues, como veremos en su debido momento, nosotros ha-

porque se admite que supuso la salida de la crisis del siglo III.⁸⁹ Entonces ¿salieron de una crisis con otra crisis? El paradigma sigue vigente: tras los antoninos, se produjo una crisis perpetua. Pero ya hemos visto que, pese a la constancia melodramática de muchos historiadores, el Imperio romano del siglo IV podía ser todo menos decadente. Los pasajes y obras literarias, los documentos administrativos e inscripciones que a lo largo de todo el siglo XX y hasta el presente se esgrimían y esgrimen⁹⁰ para sostener la imagen de decadencia que hemos glo-



sado y combatido en los párrafos anteriores, se han derrumbado ante la multitud de pruebas arqueológicas y topográficas que, con paciencia y desde las prospecciones y excavaciones de Georges Tchalenko en los años cincuenta del siglo XX,⁹¹ se han venido acumulando. Puede que el Imperio del siglo IV no fuera tan próspero, ni estuviera tan poblado como el del II, pero seguía siendo un Imperio rico, demográficamente expansivo y muy poderoso. Y es que hoy se estima para el Imperio romano de mediados del siglo IV una población total que debía de aproximarse a los setenta millones de habitantes y que yo situó entre los 63 y los 66 millones⁹² y, aunque es cierto que en algunos textos aparecen menciones a *agri deserti*, campos abandonados, se trata siempre de lugares no aptos

para la agricultura y de los que no hay evidencia de que se hubieran puesto en explotación en momentos precedentes. Por el contrario, la puesta en producción de tierras hasta entonces marginales, como las del desierto del Néguev o las de la frontera sirio-turca, son un argumento incontestable de que la economía y la demografía del Imperio del siglo IV eran altamente saludables y que como escribió recientemente Kyle Harper, este siglo fue para Roma «una época dorada». Una época de recuperación y desbordante vitalidad en la que: «El Imperio romano era el Estado más importante del planeta y uno de los más poderosos que hubieran existido».⁹³

comos otro tanto y proyectamos al pasado, en este caso a la caída de Roma, nuestra necesidad de encontrar explicaciones, es decir, seguridad, que nos permita afrontar los desafíos a los que nos enfrentamos hoy: las pandemias, el cambio climático y las migraciones son, ahora, por ejemplo, nuestro caballo de batalla historiográfico en el campo de la caída del Imperio romano.

No obstante, muchos historiadores siguen dejando de lado los datos y aspectos positivos del Imperio del siglo IV, algunos tan evidentes como su capacidad para domeñar la inflación, con lo que se sigue visualizando como un periodo de crisis. Algo paradójico, siquiera sea

para la agricultura y de los que no hay evidencia de que se hubieran puesto en explotación en momentos precedentes. Por el contrario, la puesta en producción de tierras hasta entonces marginales, como las del desierto del Néguev o las de la frontera sirio-turca, son un argumento incontestable de que la economía y la demografía del Imperio del siglo IV eran altamente saludables y que como escribió recientemente Kyle Harper, este siglo fue para Roma «una época dorada». Una época de recuperación y desbordante vitalidad en la que: «El Imperio romano era el Estado más importante del planeta y uno de los más poderosos que hubieran existido».⁹³

CAPÍTULO 4

«UN IMPERIO CONVERTIDO EN MORADA DE BÁRBAROS»

COLAPSO: BÁRBAROS, GUERRAS CIVILES Y DESMORONAMIENTO DE LA DEFENSA DE OCCIDENTE, 378-410

Así que los francos Bauto, Arbogastes, Merobaudes y sus eruditos descendientes, al igual que Malobaudes y como los alamanes Vadomario y Macriano, nos muestran aspectos, facetas distintas, no solo de las poliédricas relaciones romano-bárbaras, sino también sobre cómo actuaba la identidad en el movedizo mundo intermedio que se extendía entre los límites del *Barbaricum* y el Imperio. Y es que había surgido todo un nuevo abanico de identidades y relaciones en las fronteras del Rin y del Bajo Danubio. Estas no eran ya las lineales y abruptas líneas de separación del Alto Imperio. Más que de fronteras deberíamos de hablar de «espacios intermedios» en donde había ido surgiendo un nuevo modelo de relaciones sociales, económicas y políticas. En ese espacio, un *laeti* franco, es decir, un franco asentado en el Imperio, pero con obligaciones militares contraídas con Roma por mor de la tierra que su pueblo había recibido, podía decir de sí mismo: *Francus ego cives, romanus miles*,²⁶ literalmente «soy ciudadano franco y soldado romano».

Es esa sociedad mestiza y compleja la que también avistábamos al contar la historia de Cariatón, el franco asentado en el Imperio que se dedicaba a com-

batir a las bandas de saqueadores germanos y que terminó comandando una suerte de milicias de auto-defensa que Juliano el Apóstata integró en la defensa romana, para ser luego nombrado *comes* del ejército imperial. Y es a ese nuevo mundo al que pertenece el *magister militum* Malobaudes, magistrado militar romano y rey de su pueblo. Es este nuevo mundo, el espacio intermedio, surgido en las regiones fronterizas situadas a un lado y otro del *limes* romano, y no las invasiones del siglo V, el verdadero germen del Medioevo europeo. Sin esa labor previa de interrelación, de aculturación y simbiosis, el mundo romano y el mundo bárbaro no habrían podido dar nacimiento a Europa.

Pero la sostenible simbiosis romano-bárbara de las fronteras imperiales comenzó a saltar por los aires cuando los hunos y los alanos cargaron sobre la simbiótica confederación tervingia, la aniquilaron y empujaron sobre el *limes* romano a cientos de miles de refugiados que el Imperio fue incapaz de asentar e integrar en su tradicional modelo de relaciones romano-bárbaras. Pero ¿por qué fracasó el Imperio en el Danubio con los godos en algo que estaba haciendo con acierto en el Rin con alamanes y francos? Esa y no otra es la gran pregunta.

CAPÍTULO 5

«¡FIJA PRECIO A LA CARNE HUMANA!»

UN IMPERIO EMPEÑADO EN DEVORARSE A SÍ MISMO, 410-433

Aecio, por su parte y durante esos años (431-432) encontró tiempo, además de para intrigar contra Bonifacio y sobrevivir a las intrigas de Gala, para continuar sembrando la desolación entre los bárbaros de Occidente. En el 431 llevaría a cabo en el Nórico un victorioso restablecimiento del *limes* danubiano frente a rugios, cuados y marcomanos, mientras que en el 432 acudiría de nuevo al norte de las Galias y volvería a derrotar a los francos.⁷⁹

Así que, dejando de lado a la desgraciada África y a la olvidada Hispania, el resto de Occidente parecía ir recuperando cierta estabilidad a base de victorias ro-

manas. Muchas provincias, las de Italia y amplias zonas del sur y del centro de las Galias, se habían visto libres de invasores y guerras desde hacía veinte años y otras, como el Nórico, Retia, Panonia, Dalmacia, el norte de las Galias y la Tarraconense, se iban recuperando despacio e iban restableciendo las cantidades de impuestos que antaño tributaran. Aun así, en el 433, África debía de estar aportando al menos un 42 % de los ingresos de la hacienda imperial de Occidente. Eso era lo de verdad importante y, sin embargo, ni Gala, ni Aecio, ni Bonifacio le prestaban atención, absortos como estaban en dilucidar quién sería el verdadero regente de Occidente.



Spathae y otras piezas del ajuar del llamado tesoro de Pouan (Aube, Francia), datado a mediados del siglo V, Musée Saint-Loup, Troyes. La panoplia germánica y romana de este periodo resultaba casi indistinguible una de la otra, en especial a causa de las notorias influencias mutuas y de la natural tendencia del Ejército romano a adaptarse a las circunstancias, así como a adoptar los últimos avances tácticos.

No obstante, aún se podía haber salvado a África, si Bonifacio se hubiera centrado en ello, si Gala Placidia hubiera estado más preocupada por la salvaguarda del Imperio que por su ambición política, si Aecio hubiera pospuesto su propia ambición, pero no lo hicieron. Bonifacio, al recibir su nombramiento como patricio de los romanos y *magister peditum in praesenti*, abandonó de inmediato África a su suerte y se embarcó con todas las tropas que pudo reunir para marchar a Italia y combatir allí con Flavio Aecio por el poder supremo.

El choque con Aecio tuvo lugar en Ariminum (Rimini), en el otoño del 432, y Bonifacio le infligió una severa derrota y lo puso en fuga. Pero Bonifacio, un hombre audaz y valiente, se había expuesto demasiado y durante la batalla fue herido de gravedad y murió a los tres meses de su triunfo.⁸⁰ Así que, después de todo, Flavio Aecio era ahora el único superviviente de la guerra civil entre generales.

Tras acudir de nuevo a sus aliados hunos, Aecio se impuso al hermano de Bonifacio, Sebastiano, y quedó en el 433 como único poder real de Occidente. Gala tuvo que

plegarse a él y el 5 de septiembre del 435 lo convertía en *comes et magister utriusque militiae et patricius*.⁸¹ Un título que lo confirmaba como jefe indiscutible del ejército romano de la *pars Occidentis* y, en consecuencia, lo convertía en el verdadero gobernante de esa parte del Imperio. Un gran hombre estaba al frente de Occidente.

Sí, pero mientras tanto y durante doce años (421-433), Occidente se había visto desgarrado por continuas conjuras palaciegas y guerras civiles y con ello había dilapidado buena parte de sus fuerzas y un tiempo propicio como ningún otro para reconstruirse y renacer. Y lo que es peor, mientras Félix, Aecio y Bonifacio luchaban a muerte por el poder, la mejor baza de Occidente, su mayor activo, se perdió: África. Pues mientras Bonifacio tenía su mente y sus fuerzas puestas en lo que ocurría en Italia, los vándalos tomaban África. Y, con África, se perdió la última posibilidad real de supervivencia que tenía la *pars Occidentis*.

El Imperio, simplemente, se había devorado a sí mismo y sus restos iban a ser canibalizados por los bárbaros.

CAPÍTULO 6

«LA SEMILLA DEL DESASTRE»

TRES IMPERIOS, DOS CAÍDAS, 434-455

¿Y Aecio? Aecio había quedado también muy tocado por las consecuencias de la guerra. Aunque desde el punto de vista militar hizo lo correcto durante la invasión de Italia por Atila en el 452, políticamente hablando era un desastre: Valentiniano III, y con él, la nobleza itálica, lo acusaron de incompetente y hasta se habló de que Aecio tenía un acuerdo secreto con Atila. Su posición se debilitó y una camarilla de ambiciosos senadores alentaba al augusto a deshacerse de su *comes et magister utriusque militiae et patricius*. Valentiniano III vio entonces ante sí la posibilidad, al fin y a sus treinta y seis años, de poder reinar sin tutela alguna. Aecio, además, lo agobiaba con la exigencia de que casara a su hija menor con Gaudencio, su hijo. Y por si faltaba algo, Aecio seguía insistiendo en aquello que los altos funcionarios de la corte y la aristocracia itálica más temían: que se aplicaran las leyes y medidas que debían de recortar sus privilegios, poner fin a sus abusos y, con ello, recaudar más oro para el tesoro público. Precisamente se hallaba exponiendo al emperador sus planes para elevar la fiscalidad sobre los senadores cuando Valentiniano III, secundado por sus partidarios, se lanzó espada en mano sobre el desarmado generalísimo al que cosieron a estocadas. Luego, con astucia asesina, fueron llamando, uno a uno, a los colaboradores y generales más fieles del asesinado Aecio y les



dieron a ellos también muerte. «El augusto se cortó su mano derecha con la izquierda», escribiría un cronista. Y Juan de Antioquía diría a su vez: «El emperador estaba condenado a la ruina al destruir el baluarte de su propia soberanía». ²¹⁷ El conde Marcelino, en su crónica, no tuvo duda al respecto de la trascendencia del asesinato y en su entrada para el año 454, fijó, con el asesinato del gran Aecio, «el fin del Imperio de los romanos de Occidente». ²¹⁸

Dos grupos de poder habían propiciado la caída de Aecio: la aristocracia senatorial itálica, que aspiraba a sustituir la influencia de Aecio y su partido por la suya propia y los hombres que gestionaban el cada vez más vital patrimonio privado del emperador. En efecto, en un Estado en el que cada vez era más difícil conseguir los ingresos fiscales necesarios para sostener al ejército y a la administración, las inmensas propiedades asignadas al patrimonio imperial se habían transformado en un elemento clave de poder que quedaba por completo en manos del emperador. Es por eso que el *primicerius sacri cubiculi*, el hombre encargado de la administración de dicho patrimonio, cobró una importancia inusitada a finales del reinado de Valentiniano III y por eso también que su titular, Heraclio, fue pieza clave en la conjura que llevó a la caída de Aecio. ²¹⁹

Solidus del emperador de Occidente Valentiniano III (*reg.* 425-455). Nacido en el año 419, durante su minoría de edad estuvo bajo la estrecha tutela de su madre, Gala Placidia, quien ejerció la regencia *de facto* y fue la responsable de impulsar la carrera de Aecio hacia la cumbre del generalato. Su reinado contempló los acontecimientos decisivos que empujarían al Imperio romano occidental hacia su definitiva descomposición y desaparición.

CAPÍTULO 7

«¡OH, MISERIA!»

LA DISOLUCIÓN DE UN IMPERIO, 456-476

Cuando visionamos los últimos veinte años del Occidente romano, solemos poner el foco en las invasiones y conquistas de los bárbaros. Los romanos pasan a ser pasivas víctimas y el papel protagonista lo tienen visigodos, vándalos, suevos, francos... Pero no fue así. Lo que subyace, lo que de continuo alienta y promueve la caída de Roma, es la feroz lucha sostenida entre sí por los romanos por los cada vez más disminuidos restos de poder y riqueza del Imperio.

Fue una lucha suicida, brutal y librada hasta el final. Sí, hasta el final y por el oro. Recordemos las circunstancias del asesinato de Aecio. El magnicidio se acometió mientras se discutía sobre las propuestas fiscales que el generalísimo quería poner en marcha y que afectaban a los intereses de la aristocracia senatorial romana y a los prohombres de la corte. Puesto que el asesinato de Aecio desencadenó la serie de acontecimientos que llevaron al segundo sacco de Roma del 455 y puesto que este, a su vez, marcó el inicio de la disolución del Occidente romano, no sería desacertado aseverar que la pugna en torno al modelo fiscal que se debería de imponer en aras de la salvación del Estado fue la causa última que llevó a la caída de Roma.

En mi opinión, la exacerbada lucha interna que las élites romanas mantenían de continuo entre sí en este postrer periodo, tiene tres causas principales: en primer lugar, la visualización del conflicto interno como motor de cambio que permitía el ascenso político y la obtención de más riquezas; en segundo lugar, la instrumentalización del Estado por parte de unas pocas familias, entre las que destacaba la familia imperial, hasta el punto de que el Imperio

no era ya sino una laxa coalición de grandes terratenientes a cuyo servicio quedaba el Ejército y la administración imperiales; y, en tercer lugar, la creciente divergencia de intereses entre las distintas élites regionales y muy principalmente y al final, entre las de la Galia e Italia.

A lo largo del siglo V, las élites dirigentes romanas se agruparon en torno a tres grupos de interés: el de los militares, el de la vieja aristocracia y el de la nueva nobleza ligada al servicio en la administración y en la corte imperial. Para el Ejército y para la corte, la continuidad y viabilidad del Estado eran indispensables para su propia supervivencia, para la aristocracia, no. Conforme los recursos del Estado menguaron, disminuyó también el control que el Ejército y la corte ejercían sobre la aristocracia. Pero, al contrario que el Estado, la aristocracia supo preservar la base de su poder económico y, sobre todo y al contrario que el Ejército, la administración y la corte, la aristocracia podía abandonar el Imperio e integrarse en los estados bárbaros que iban surgiendo. Así que, en estos últimos veinte años de Imperio en Occidente, lo que tenemos es la disolución del Ejército y de la administración, sí, pero también el abandono de la figura del augusto como pieza indispensable que garantizaba el orden social y político y también, y sobre todo, la «emigración», llamémosla así, de la vieja aristocracia romana que pasa del Imperio a los reinos germánicos a los que nutrió y en donde se integró buscando poder seguir disfrutando de aquello que, hasta entonces, le había garantizado el Estado romano: seguridad, influencia y prosperidad, y que ahora también le podían garantizar los reinos bárbaros, pero a un menor coste.

Una leona herida se arroja, furiosa, sobre un soldado romano que, tirado en el suelo a causa de la embestida, a duras penas logra defenderse con su escudo, en un detalle de los mosaicos de Villa del Casale (Piazza Armerina, Sicilia). Hasta cierto punto, la situación del Imperio romano de Occidente a mediados del siglo V resultaba muy similar a la de este soldado, con la diferencia de que la bestia a la que se enfrentaba no estaba herida, ni mucho menos.



DOSIER DE PRENSA

EPÍLOGO

ENTRE LOS RESTOS DE UN IMPERIO

Por supuesto, los bárbaros contaron mucho. Pero no hubieran sido enemigo para un Imperio como el del año 400. Fue la ambición política de Estilicón, que supeditó la defensa de Occidente a sus intereses políticos personales, la que abrió la puerta a las grandes invasiones; y fue el interés político de Aecio de favorecer a sus partidarios en Galia y de no debilitar su control sobre Italia, lo que permitió a los vándalos afianzarse en África. De hecho, recordémoslo, los vándalos llegaron a África llamados por el rival de Aecio, Bonifacio.

Una y otra vez, la guerra civil, las luchas intestinas, las conjuras y tramas políticas en aras de controlar el trono, dieron sus mejores bazas a los bárbaros. Las decisiones tomadas por Estilicón debilitaron la defensa de las fronteras hasta límites insostenibles. Esa debilidad, fruto del deseo del generalísimo de disponer junto a él de la mayor fuerza posible para presionar a Oriente y someterlo, favoreció las invasiones y posibilitó su éxito. La devastación de las provincias y la pérdida de control sobre algunas de ellas o sobre amplias áreas de otras, provocó una caída brutal en los ingresos fiscales que, a su vez, provocó recortes en el presupuesto militar y una drástica disminución de los efectivos disponibles para la defensa, lo que a su vez favorecía la pérdida de control sobre más territorios y, en consecuencia, nuevas mermas en el caudal de ingresos disponibles.

La penuria extrema de ingresos que se constata para mediados del siglo V, tras la pérdida de África, motivó que el Imperio recurriera más a la contratación de mercenarios bárbaros, federados o no, que al reclutamiento, adiestramiento y sostenimiento de unidades encuadradas en el Ejército regular. Simplemente, era más barato. Al cabo, el Ejército romano que quedaba era un ejército formado por bandas de guerreros de muchos pueblos sin solidaridad alguna con aquellos a quienes tenían que defender.

Las causas de la caída de Occidente son pues, en esencia, causas militares y políticas. Sí, y también de desequilibrio social y económico. La grieta entre ricos y pobres creció hasta lo indecible y esos ricos eran demasiado poderosos como para que el Estado pudiera imponerse a ellos. Eso y la penuria de medios con que el Imperio se encontró, le restó sus últimas posibilidades de supervivencia.

Puede que Oriente fuera más rico que Occidente, pero al principio, Occidente podía compensar esa dife-

rencia con su mayor territorio y su mejor provisión de hombres de guerra destinados a nutrir las filas de los ejércitos romanos. La verdadera brecha entre ambos imperios fue provocada por los errores políticos y militares que Occidente cometió y que dañaron los cimientos de su economía, demografía y fiscalidad que, sin ser tan extensos como los de Oriente, eran, hacia el 400, más que suficientes para sostenerlo.

El Imperio romano del siglo IV era un Estado impresionante. Sus bases eran sólidas. Tanto que Oriente se apoyó en ellas para superar las invasiones bárbaras, enfrentar con éxito a Persia, sobrevivir a la portentosa expansión islámica, perdurar más allá de las cruzadas y alcanzar 1453.

El siglo V vio un Oriente caracterizado por la estabilidad política. Un Oriente en donde no acontecieron guerras civiles, ni hubo levantamientos militares de importancia. Fue un siglo de prosperidad y crecimiento económico y demográfico. En Occidente, por el contrario, vio cómo a lo largo del siglo V disminuían sus recursos. Su población disminuyó de forma dramática, su riqueza menguó y su poderío militar se fue diluyendo. Cuando, en el 468, Oriente se aprestó a reconquistar África de manos de los vándalos, pudo movilizar diez veces más recursos que aquellos que pudo aportar el disminuido Occidente.

Occidente no pudo hacer lo que hizo Oriente en el siglo V: dotarse de estabilidad política y ampliar sus bases económicas y fiscales. Su situación política no se lo permitió. La influencia de generales y aristócratas en el gobierno y su capacidad para enfrentarse a él e imponerle sus intereses particulares, fue decisivo.

En un régimen diseñado para la autocracia imperial, Oriente pudo permitirse emperadores como Teodosio II, débiles e influenciados, mientras que Occidente no pudo permitirse emperadores como Honorio, por la sencilla razón de que en Oriente los equilibrios de poder entre ejército, aristocracia, administración y trono siempre le permitieron a este último mantener o retomar el control del Estado, mientras que en Occidente eso no fue ya posible ni cuando hombres fuertes y capaces como Avito, Mayoriano o Antemio, se erigieron como emperadores. El equilibrio de poderes, de fuerzas, fue la clave. El equilibrio permitía que el Estado prosperase y que la seguridad se mantuviera.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

